

en acabándose la tragedia. A lo menos, no enterré yo así á mis dos maridos. Veráslo. Una verdad no podré negar; y es que cuando me mandaron enlutar me holgué como los niños cuando los mandan poner calzones nuevos. Mis hermanas lo mismo. Y sucedió que á un mismo tiempo tuvimos gana de ver al espejo cómo nos estaba el luto y qué pantorrilla nos hacia. Mas por haber gente delante, y unas de empacho de otras, no osábamos descubrirnos ni salir á mirarnos á él. Pero como todas éramos quimeristas, cada cual dió su traza para mirarse al espejo. Una, la mas boba, dijo: Quiero poner ese espejo á la boca del padre, por ver si echa vaho y cubre el espejo. ¿Qué aliño para quien, sobre muerto, estaba atenazado con dientes de perro? No se admitió su voto, ni sirvió de mas que de desenlutar un poco mi risa. Otra, algo mas hábil, dijo: Quiero ver si está firme el clavo de este espejo, porque como entran tantos, no entre alguno que le derribe. Mas yo dije: Mostrádmelo acá, que en día de mortuorio no parece bien espejo aquí, quiéromele guardar en el arca. Mi madre dió su alcaldada, y le pidió para ver si le habíamos quebrado, y con este achaque se miró á su sabor y me le dió, diciendo: Toma, Justina, guárdale, que ya de poco servirá en esta casa. De modo que cada cual por su camino dió un golpe al espejo, segun los méritos de su discrecion, y consiguió su gusto. En fin, llevámosle á la iglesia. A fe que, si él fuera por su pié, no llegará tan presto á ella. Tornámonos á casa y corrió el agua por do solia. Mas antes que la de mi corriente dé otro paso, te quiero referir una glosa que hizo un pisaverde á quien yo di cuenta muy de raíz del caso, y hazla que sirva de epitafio del túmulo y blason del príncipe de los mesoneros.

Redondilla.

Que á Diego Díez, mesonero,
Le acabe un medio es muy justo,
Que en medio del sumo gusto
Pide allí la muerte el fuero.

Glosa.

Un rotión caballero,
Con un medio que arrojó,
Dió tal golpe á un mesonero,
Que fué el primero y postrero
Que en el medio fin halló.
Prescrito ha la muerte un fuero,
Que á cuantos lleva y da fin
Los lleva por un rasero;
Mas no por el celemin
Que á Diego Díez, mesonero.

Mas hay ley que á hierro muera
El que con hierro mató;
Y es regla muy verdadera
Que le miden á quien quiera
Por el medio que midió.
Y así, no te cause susto
Que á Díez un medio mató;
No digas que es caso injusto,
Que á quien por medio peó
Le acabe un medio es muy justo.

¡Oh cierto é incierto fin!
¿Quién pudiera imaginar
Que te había de encontrar
Debajo de un celemin
A la puerta de un pajar?

No me admira que se muera
En su cólera el adusto,
O en medio de un gran disgusto;
Lo que pasmará á quien quiera,
Que en medio del sumo gusto.

Muerte, llévente los diablos:
¿Somos aquí rocines,
Que con medios celemines
Nos dejas por los establos,
Hechos unos matachines?
Quien por ventas y mesones
Gastare de hoy mas dinero
Será muy gran majadero,
Sabiendo que con traiciones
Pide allí la muerte el fuero.

Yo no sé glosar, mas atiné: me parece que mi padre, segun era de resabido, debió de sacar la muerte; y ella, por ganar honra en sacar del mundo á un hombre tan arraigado en él, se quiso meter en un medio celemin, porque se dijese de ella que sabe tanto que supo meter á un mesonero en un medio celemin. Y no dudo, sino que viendo mi madre vencido á su marido, quiso ella salir á vengar los cuernos y vencerla á bachillerías. Mas la muerte le dió tapaboca y aun tapagarguelo. Y si quieres saber el cómo, oye.

Mi madre era muy devota de cosa de asador, en especial era perdida por cosa de longaniza y solomo. Sucedió pues que una noche, viendo que ciertos pedazos de longaniza medio asada pasaban carrera en la plaza de una chimenea, y á caballo en su asador corrian parejas con otra cuadrilla de pedazos de pierna de carnero, les mandó que vista la presente se apeasen del asador. Los pedazos de longaniza se excusaron con decir que no estaban tan bien asados como era razon, y que, estando así, no podrian hacer cosa que fuese de provecho. Los otros pedazos de pierna de carnero se excusaron con que estaban desnudos y en piernas y que no se podian apaar sin tratarlo con su amo. Pero ella les dijo que sin embargo obedeciesen lo decretado. Ellos por via de fuerza apelaron en segunda instancia para su amo, que era un tocinerero de Valladolid, pariente de Villamanan, de quien te contaré un gracioso chiste en el libro segundo siguiente. Lloraban los pobretes, tanto, que por pocas apagaran el fuego á puro llorar, y ponian los suspiros en lo alto del cañon de la chimenea. Derretíanse de puro miedo; y siempre apellidando por sus amos. Pero el tocinerero era de la condicion del rey, que donde no está no parece; y así, no pudieron ser socorridos de su amo. Ella, vista su rebeldía, embiste en ellos, derribalos del caballo, y así como estaban, metió la mayor parte de ellos en la cárcel del estómago, y á los otros les temblaba la contera. Ella, que estaba encarnizada, bebida y embebida, vele aquí el tocinerero que venia en favor de su gente. Ella, por no ser sentida, metió sin mascar mas de dos varas de longaniza, repartidas en cuadrillas, aunque mal ordenadas y peor mascadas. Y como toda esta gente entró tan aprisa por el postiguillo del gaznate, sin avisar á la mucha gente que habia dentro que se arredrase, pardiez, atoró la cuadrilla de longaniza, de modo que ni podian pasar atrás ni adelante, ni ella hablar ni respirar, porque estaba atacada hasta

la gola. Entró el tocinerero, y pedíale razon de sí y de su gente, mas á esotra puerta, que aquella estaba cerrada de longaniza. Y lo lindo era que demás de estar relleno el gaznate, le sobraba fuera de la boca un pedazo de longaniza, que á unos parecia sierpe de armas con la lengua fuera, á otros ahorcada, á otros bota con llave, á otros garguelo con cabo, á otros que era boca recién nacida sin ombligo cortado, á otros tropelista con trenzas en la boca, á otros culebra á boca de vivir. Solo al tocinerero, que le dió, le parecia emboscada de enemigos y cueva de ladrones, y en fin, le parecia sepultura de longaniza. Pedimos favor para que aquella longaniza desocupase el paso; los criados del tocinerero, enojados del tuerto que se habia hecho á su amo, del derecho que á ellos se le habia quitado, iban á embocarla el asador por el gaznate, y el mas propicio le metió la punta de un cuerno albar, con que le maltrató no poco. En fin, quedó tan lisiada, que de harta y atormentada, de asada y asadorada, la dió dentro de cuatro horas una apoplejía que la asó el ánima, y la sacó de este mundo malosin llevar mas subsidio que la longaniza en la boca. Espantóme, á manera de decir, cómo pudo tan presto salir el ánima por un garguero tan acuñado. Decía un ladron famoso que el ánima de un ladron es de casta de agua de pozo, que no sale sin sogá; mi madre, que se picaba de ladrona mas que de boba, pudo decir esto mismo, y aun añadir que como los famosos mueren con sogá de seda, ella murió con sogá de longaniza. A lo menos la muerte hizole mas cortesía que á su abuelo el tamborilero, que mal partió de Malpartida, que á ella le tapó las vias con flauta de longaniza, y al otro con flauta de madero. No sé. A toda mi generacion la llevó la muerte por lo enflautado. Mucho me pesa, empero vaya. Y tiraba de cantazos á su madre. Lloré la muerte de mamá algo, no mucho, porque si ella tenia tapon en el gaznate, yo le tenia en los ojos y no podian salir las lágrimas. Y hay veces que, aunque un hombre se sangre de la vena cebollera, no quiere salir gota de agua por los ojos. Que las lágrimas andan con los tiempos, y aquel debia de ser estío de lágrimas. Y aun podré decir que unas lagrimitas que se me rezumaron salian á tragantones. ¿Qué mucho? Via que ya yo me podía criar sin madre, y tambien que ella me dejó enseñada desde el mortuorio de mi padre á hacer entierros enjutos y de poca costa. Pues á fe que del trapo que sobró á la mortaja, de puro cumplida, no se pudieran hacer muchas balas de papel ni muchas encamisadas. La dicha camisa era ciuelana de mangas, que no tenian mas de una, y era de pechos bajos, y tan bajos, que la hizo entrar á la sepultura á mi madre pecho por tierra. De espaldas no era muy cumplida, porque estaba á posta para disciplinantes. Y las faldas no carecian de celosías. Como no tenia la camisa mas de una manga, allí la metí ambos brazos. Y créeme, que no hice mal; que quizá si se los dejara sueltos ambos, se anduvieran de sepultura en sepultura buscando longaniza; y como no viese donde topase, echaria mano de lo que hallase, aunque fuesen tripas. Y si algun muerto la riñera, no dudo sino que

respondiera una necedad con que se alborotaran los cementerios. O cuando mucho dijera: Cada loco con su tema, y perdonen, que topo. Que eran dos bordones que ella tenia muy ordinarios. Cierto, que cuando la estábamos amortajando la miraba á los ojos, y me parecia que me hablaba con ellos, tanto y tan á menudo, que el encaje de ellos parecia jaula de papagayo; y no se me pudiera quitar el miedo y temor, sino que mirando cuán calafateado tenia el gaznate, se echaba de ver que era muerta de á mazo y escoplo.

Mis hermanas tambien lloraron sus sorbitos, pero siempre guardándome la antigüedad en que yo jugase de mano y llorase la primera; y todo con mucho decoro, porque cuando la una lloraba, callaba la otra. Que era para alabar á Dios oír el concierto de nuestro lloro. Parecíamos los morteros de Pamplona, que cuando uno alza el otro abaja. Lo que mas sentí fué que quedó oliendo la casa á longaniza por mas de seis meses. Y el que guardaba los ataúdes se quejaba de lo mismo, porque segun dijeron los que la llevaron á hombros, yendo allí dió la cuerda y la longaniza, y fué tanta, que parecian trenzas de tropelista. Yo me espanto de mi madre que quisiese dejar acá aquella longaniza, y no la enterrar en sagrado, como hizo el Cid con su querido Babieca. A fe que si no fuera el mal olor que dejó en casa, que ella llevara mas de cuatro responsos mas de los que llevó; pero con este achaque mas de cuatro maldiciones llevó de sobra, Dios nos perdone á todos. Misas no le dijimos muchas. Eramos tan bobas, que pensábamos que todos los niños de la doctrina á quien diésemos pan decian misas por ella. Y repartimos una hogaza entre mas de mil de ellos que vinieron de diversas partes, y con esto haciamos cuenta que la habíamos hecho decir de mil misas arriba. No le dijimos otra. Del dinero que habia en casa no osábamos gastar nada en cosas de iglesia, porque como no era muy bien ganado, temimos no se nos dijese que hurtábamos el puerco y dábamos los piés por Dios; y por no dar á Dios cosa mal ganada y ajena, retuvimos el dinero. Despues cuando quisimos con ellos hacer por su alma algun bien, ya nuestros hermanos nos habian hecho tanto mal, que no hubo lugar. Mi fe, pensamos que nos durara mucho el sar mandonas, y con esto todo lo que se lloraba era de acarreo.

El llorar de veras fué cuando vinieron de Italia mis hermanos, rompidos de vestido y de vergüenza, y sin ninguna nos tomaron á mí y á mis hermanas los cetros del imperio, que eran las llaves de casa, y nos ganzuaron arcas y buchetas. Trepaban por las paredes á los socarrenes y desvanes con el orgullo que si entraran la goleta. Y todo por ver si habia emboscada alguna pecunia. Para lo cual no tuvimos otra defensa ni remedio sino soltar la rienda al lloro y madurar los tragantones pasados. Como éramos bozales, no estábamos prevenidas de pendencieros. No fuera ello á hora que pudiera yo poner en campo unos doce pares, que ni por otros mas necios diera un garbanzo, ni por mas determinados un comino. Contentárame que mis hermanas lo fueran

mias, mas estaba de Dios que yo habia de salir de Mansilla sin raíces, y así me dejaron, y nunca comimos buenas migas. Verlo has en el segundo libro, si allá llegamos.

Paréceme que te leo los labios, hermano lector, y que me preguntas y me mandas que te diga muy en particular el discurso de mi vida y aventuras del tiempo que fui mesonero con tutores y viví con mi madre. ¡Oh necio, quien tal preguntas! ¿Qué vida quieres que cuente, sabiendo que bailaba al son que me hacia mi madre? Ea, déjame, no me importunes. Gentil disparaton. No pienes que lo dejo porque es de echar á mal, que cosas hice que pudieran entrar con letra colorada en el calendario de Celestina; pero no quiero que se cuente por mio lo que hice á sombra de mi madre. ¿Quiéresme dejar? Quitá allá tu real de á ocho. ¿Dinero das? Pues si tanto me importunas, habré de pintar algo, aunque no sea sino el dedo del gigante, que por ahí sacarás quien fué calleja. Una cláusula tenia yo ordenada para dejar en mi testamento en favor de una discípula: esa quiero poner aquí, y sea donacion entre vivos en favor de las plateras del meson, y servirás de ejemplo, de espejo y de aviso; pues ella es suma en que se suma y cifra lo que toca, y pertenece á cuáles y quiénes, cuándo y cómo, y para cuándo han de ser cual fui yo, que dice así. Y va medio en copla.

La moza del meson esto es en conclusion. En andar, gonce; en pedir, pobre. De dia, borrega; de noche, mega. En prometer, larga; en cumplir, manca. Antes de mesa, perrilla; despues de mesa, grifa. En enredos, hilo portugués; al fallo, puerco montés. Lo empeñado todo, lo vendido nada ó poco. Una alforja de bailar, y otra de trabajar. En la bolsa munición; en la cara siempre unción. Cumplir con todos; amistad con los mas bobos. Lo pagado pase; lo rogado no vale. De ordinario alegría, y siempre tapagija. Y aires volan, y á Dios que es esquila, que con decir viene mamá y rascar la cofia se avientan los nublados, y no debo mas.

Querria pedir á sus mercedes una licencia, y es para ser un poquito cuerda, y durar como de lana para enjagarme los dientes con una consideracion que me brinca en el colodrillo por salir á danzar en la boca, á ringla, con los diez y ocho. Ya soy cuerda. Dure lo que durare. Señores, los mis señores, compadeceos de esta pobre que tales alhajas de inclinaciones heredó de aquella que la parió una vez, y mil la tornó al vientre para renovar las marañas que en mí esculpí al principio. Créanme, que á veces me paro á imaginar que, si fuera verdad que las almas se trasiegan de cuerpo á cuerpo, como dijeron ciertos filósofos bodogueros, sin duda creyera de mí que tenia á meses las almas de padre y madre. Y pues va de seso, digo que ahora me confirmo en que todas las cosas tornan al principio de do salieron. La tierra se va al centro, que es su principio; el agua al mar, que es su madre; la mariposa torna á morir en la pavesa de quien fué hecha; el sol torna cada veinte y cuatro horas al punto donde nació y

fué criado; los viejos se tornan á la edad que dió principio á su ser; la espiga, madura y abundante de granos, se tuerce é inclina por tornar á la tierra de á do salió; y el ave fénix vuelve á morir en las cenizas que dieron principio á su vida. Y el hombre... ¿Dónde vas á parar, Justina? Pardiez, que si no me hablaras á la mano, por pocas parara en el miércoles de Ceniza, y dijera acuérdate, hombre, que eres ceniza. Mas no voy á eso, que cuando yo me hubiera de meter á predicadera de los encénizados, no me faltara qué decir, aunque no fuera sino lo que oí á un predicador que predicaba coplas de deleites; y viniendo á tratar del Evangelio de aquel día, dijo: «Hermanas, el Evangelio que se ha cantado en la misa de hoy dice que el día que ayunáredes unteis la cabeza y laveis la cara. Mas vosotras las mujeres, como en todo andais al revés, haceis esto á la trocadilla, que untais las caras y laveis las cabezas.» No me descontentó el puntillo de este padre ceniciento, porque valia cualquier dinero para si yo fuera quien le predicara, ó para él si el sermón fuera en la ronda ó entre las cercas ó en la lumbre asando castañas; mas en el púlpito, pardiez, que fué una de las catorce. Por otra parte, no me espanto, que quizá lo halló aquel bendito escrito en algun cartapacio de alquiler, y se le dieron con condicion que lo dijese todo como en ello se contenia, y emborrólo ó quizá de puro respeto ó de vergüenza. Tambien le excuso por ignorante. Pero ¿quién me hace á mí portazguera de púlpito ni alcabalera de echacuervos? Mas no importa, que las necias, digo, las mujeres, siempre tenemos pagado el alquiler de los cascabeles para entrar en esta danza; pero cierto que no iba á decir nada de esto de prédicas, sino que se atravesó el acho y birléle. Iba á decirles que echen de ver que no hace poco quien naciendo de tales madres seréfrena, ni mucho quien se desfrena, que las hijas son esponja de las madres. A fe que he estirado bien la cuerda. Ya hostezco. ¡Jesus, mis brazos! Entumida estoy; cansada estoy de tanto asiento, y enfadada de tanto seso. Ahora digo que no hay mayor trabajo que obligarse un hombre á hablar en seso media hora. Pardiez, yo temia que me nacieran rugas en las entendederas. Ya pensé criaba moño el molde de las alieluyas, y tetarañas el decir gracias. Ya me daba bríncos el corazon por decir de lo bien hilado; que los sentidos habituados á decir gracias son como danzantes de aldea, que si una vez se calzan los cascabeles para subir al tablado, no los harán detener cuarenta alcaldes de corte.

APROVECHAMIENTO.

No dice mal esta libre mujer, en que todas las cosas tornan á su principio; pero es culpable ella y otras de su jaez en no inferir de este punto que, pues el nuestro fué tierra, polvo y ceniza, obremos como quien teme al que puso al hombre este fin y paradero, y como quien agradece el haber salido de tal principio, y como quien ha de volver á Dios, que es universal principio.

PRIMERA PARTE.

LIBRO SEGUNDO.

LA PÍCARA ROMERA.

CAPITULO PRIMERO.

De la romera bailona.

1.—DE LA CASTAÑETA REPENTINA.

Cancion de á ocho.

El gusto y libertad determinaron
Pintar una bandera
Con sus triunfos, motes y corona,
Y, aunque varios, en esto concordaron:
Libertad saque á Justina por romera.
El gusto saque á la misma por bailona.
Sea el mote: En Justina
De gusto y libertad hay una mina.

Si es verdadaro el título que los poetas dieron á la vida presente y á la inclinacion natural que mas florece, llamándola puerta del otro siglo, yo digo que los dos quicios de mi puerta, que son las dos mas vehementes inclinaciones mias, fueron y son andar sin son y bailar al de un pandero. Otros dirán que quieren su alma mas que sesenta panderos; mas yo digo de mí que en el tiempo de mi mocedad quise mas un pandero que á sesenta almas; porque muchas veces dejé de hacer lo que debia por no querer desempañerarme. Dios me perdone. Con un adufe en las manos era yo un Orfeo, que si de él se dice que era tan dulce su música que hacia bailar las piedras, montes y peñascos, yo podré decir que era una Orfea, porque tarde hubo que cogiendo entre manos una moza montañesa, tosca, bronca, zafia y pesada, encogida, lerda y tosca, y cuando vino la noche ya la tenia encajados tres sonos, y los piés, con traerlos herrados de ramplon con un zapato de fraile dominico, los meneaba como si fueran de pluma; y las manos, que un momento antes parecian trancas de puerta, andaban mas listas que lanzaderas. Todo es caer en buenas manos; que quien las sabe, las tañe. Mas ¿qué mucho que fuese amiga de adufe, pues mamá en la leche la flauta, tamboril de mi agüelo, el que murió con la gaita atorada en el gazzate?

Antes que pase adelante, quiero contar un cuento á propósito de la gaita que tapó á mi abuelo las vias. A un comediante oí yo una vez apostar que nadie acertaria, como es posible, tapar siete agujeros con uno ó uno con siete. Yo, acordándome de la muerte de mi abuelo, dije que los siete agujeros de la flauta los tapó mi abuelo con un agujero del gazzate, y el uno del gazzate con los siete de la flauta. Con esto gané la apuesta, que fué

unos chapines, con que me engreí, aunque miento, que con ellos me humilló mi novio. Pero esto no es de aquí, sino del medio. Así que, el un quicio ó polo de mi vida fué ser gran bailadora, saltadera, adufera, castañetera, y la risa me retozaba en el cuerpo y de cuando en cuando me hacia gorgoritos en los dientes.

La segunda inclinacion era andar mucho. Hubo un emperador que dijo que la mejor comida era la que venia de mas léjos; y yo sentia que la mejor romería y estacion era la de mas léjos. Decia la otra: El santo que yo mas visito es san Alejos. A la verdad, esto de ser las mujeres amigas de andar, general herencia es de todas; y cierto que muchas veces he visto disputar cuál sea la causa por qué las mujeres generalmente somos andariegas, y será bien que yo dé mi alcaldada en esto, pues es caso propio de mi escuela.

Un librito que se intitula *Cortes de las damas* dice que en las cortes de las damas que se celebraron en el Parnaso se propuso esta cuestion, y que sobre ella hubieron varios pareceres. Unos dijeron que la primera mujer fué hecha de un hombre que estaba soñando; y que el sueño era que andaba por la posta una gran jornada sin saber adónde iba ni para qué, y que así salieron las mujeres tan andariegas, que salen de casa, y si les preguntais dónde, dirán que van á salir de casa y no hay mas cuenta. Otro reprobó este parecer, diciendo que tan viva y despierta inclinacion de andar no pudo tener principio en andador soñado; y así, dijo que pensaba que el pedazo de hueso ó carne de que fué formada la primera mujer fué hecho de tierra de mina de azogue, que es bullicioso, inquieto y andariego. Otro dijo: No fué eso, sino que en realidad de verdad la mujer fué hecha de un hombre dormido, y él, cuando despertó, tentóse el lado del corazon; y hallando que tenia una costilla de menos, preguntó á la mujer: Hermana, ¿dónde está mi costilla? Dámela acá, que tú me la tienes. La mujer comenzó á contar sus costillas, y viendo que no tenia costilla alguna de sobra, respondió: Hermano, tú debes de estar soñando todavía. Yo mis costillas me tengo, y no tengo ninguna de mas. Replicó el hombre: Hermana, aquí no hay otra persona que me pueda haber descostillado; tú me la has de dar ó buscarla. Anda, ve, búscala y tráemela aquí. La mujer se partió, y anduvo por todo el mundo pregonando: Si alguno hubiere hallado una costilla que se perdió á mi marido ó